
"Usted no es de aquí" o el Paraíso perdido: un debate sobre la extranjería

Durante las reuniones de comité editorial que llevamos a cabo para la elaboración de este número discutimos varias veces sobre uno de sus temas centrales: la extranjería. Una parte considerable de las integrantes de esta revista se cataloga precisamente dentro de la categoría de "extranjeras". Después de una conversación amplia sobre su experiencia personal de vivir en México -algunas como exiliadas, otras como residentes que habían elegido vivir aquí, otras como viajeras todavía de paso-, pensamos que sería muy interesante grabar los testimonios de nuestras extranjeras para reproducirlos como la serie de puntos de vista que se generan a partir de la frase: "usted no es de aquí, ¿verdad?"

Durante aquella reunión donde acordamos volvernos a juntar para grabar la mesa redonda que ahora presentamos se dio, sin duda, la mejor de las discusiones sobre el asunto. Siempre sentimos que fue una pena no haber tenido a la mano la grabadora y los casets esa misma tarde en que la plática se inició de manera completamente informal, como una sobremesa después del trabajo de propuesta y discusión de los textos que formarían parte del índice del número 13.

Tal vez embellecida por la memoria y por la nostalgia de lo irrecuperable, sentimos que las condiciones que la hicieron posible nunca se volvieron a dar. A la siguiente junta de *debate feminista* no pudieron llegar todas las invitadas y nunca cuajó el estado de ánimo de la anterior. Seguramente esto se debió en gran parte a la presencia de la grabadora, al hecho de que esta vez estaba todo planeado, en fin: ya no había tanta espontaneidad, tanta frescura.

No obstante, el esfuerzo de dilucidar su situación de "extranjeras" y de integrar esa experiencia al sentido general de la vida sigue presente en esta conversación -mucho más libre y más sincera de lo que suelen ser las "mesas redondas" a donde acude un público

que participa sólo como espectador de lo que se dice. Nos pareció, sin embargo, que esta falta de "pudor" podía enmascarse con el juego de sustituir los nombres de nuestras extranjeras por sus colores favoritos.

He aquí pues la respuesta de *debate feminista*al "usted no es de aquí, ¿verdad?"

Debate: ¿Cuáles serían los ejes de un debate sobre las extranjeras o de origen extranjero en México?

Amarillo: Hay que tener una cierta idea de si estamos hablando de ser extranjeras en México, o de ser extranjeras en el mundo, de ser extranjeras también en nuestros propios países, de ser extranjeras para nosotras mismas, cada quien.

Yo creo que sí hay una condición de extranjero, pero ahí cada quien dirá lo que piensa. Antes quiero plantear que no se trata de un ajuste de cuentas con el país que nos da cabida, porque me parece muy peligroso meterse por ahí, y no porque nos tengan que autorizar los mexicanos a hablar, no se trata sólo de recibir una autorización, sino de reconocer una manera peculiar de ser, aquí o en otro país, y de lo que nos sucede por estar en el mundo, en la vida como extranjeros. Esa es una condición que tenemos en común, es lo que nos une, no el estar en México.

Yo universalizo mi condición. Y para mí ser extranjero no tiene que ver con estar en México o en otros lados, siempre estamos fuera de la tierra de origen. Me parece más importante señalar eso que criticar dónde estamos.

Lila: Creo que donde estamos también es importante. Porque ser extranjera en un país como México, es una experiencia muy diversa, con aspectos positivos y negativos. No es tratar de ajustar cuentas, yo pienso que se trata de verbalizar una experiencia específica con este país.

Turquesa: Yo te pregunto, Amarillo, si no hay un lugar donde tú no te sientas extranjera.

Amarillo: Yo, personalmente, no tengo ningún lugar donde no me sienta extranjera.

Azul: Ya dijo todo lo que tenía que decir, me parece. Amarillo: Tengo un mito de un lugar donde no me siento extranjera. Un paraíso perdido.

Azul: Ahí está, esa es la idea, eso es para subtítulo. El paraíso perdido... No existe en ningún lugar.

Amarillo: Es una utopía, no hay tal lugar, puede estar funcionando como un motor, como un propulsor hacia adelante, pero no existe tal cosa. La pregunta que me hago es: yo no tengo ningún lugar, pero el mito del lugar lo tengo super exacerbado. Y con él vivo y lucho.

Soy de una tierra chica, no soy de una ciudad, soy de un lugar donde todo, hasta el paisaje, me conformó, pero sin embargo creo que no hay más cosa que el vientre materno para volver al lugar donde verdaderamente perteneciste, y no hay nada más mortífero. El regreso al paraíso no tiene nada que ver con la vida, pues.

Rojo: Yo creo que el lugar social no existe, es utópico; pero si tú entras a tu lugar de origen, hay una cosa básica, fundamental, elemental, que es tuya. No hay otra parte donde la encuentres, es una sensación casi corporal, los olores de tu lugar son algo que se confunde contigo. Ahora que una lo aguante o no, porque viene a ese lugar con muchas otras cosas, es otro problema. Pero yo lo siento así, yo sí lo tengo y necesito ir a ese lugar, oler, sentir

Amarillo: ¿Y qué te da eso?

Rojo: Una sensación exquisita. Es una sensación casi física, casi erótica. Una sensación muy vital.

Amarillo: Sin embargo yo, que tengo ese lugar y esos olores y que creo que son muy fuertes, en cuanto estoy allí me quiero volver a ir. A mí eso no me sirve para vivir, ése no es el lugar al que pertenezco.

Azul: Pero esa dualidad de la que estamos hablando, incluye esa pasión física, erótica, intensa, que yo comparto. Me pasa cuando voy a mi tierra y empiezo a perfumarme entera. Hay una cosa que no pasa ni siquiera por el raciocinio, ni la cabeza. Es un sentimiento y eso es verdadero. Eso mismo lo percibís (voy a hablar así, en argentino) en tu pequeña comuna, pero te hace salir huyendo. Yo creo que Rojo no avanzó en esa idea, pero a lo mejor habría una coincidencia si ella sigue describiendo lo que le pasa. Y coincido con la preciosa metáfora: el paraíso perdido, no se busca otra cosa.

Amarillo: Todo lo que culturalmente me marcó, obviamente lo llevo conmigo; y creo que parte de ser extranjera es que sabes muy bien que esto forma parte de ti, y esas costumbres las tratas de compartir con los otros. Lo que me importa son los vínculos culturales

que me unieron a esa comunidad de desconocidos, y de conocidos también, que son las comidas, los cantos, o sea todo lo que llamamos el folklore, y que son las cosas que forman una pequeña cultura. Y esa cultura la tengo arraigada; no sé si eso me ayudó a vivir en el extranjero o no, lo que sí sé es que cuánto más tiempo pasa y más distancia hay yo más viva la tengo.

Azul: Más vivo tenés el recuerdo.

Amarillo: Más viva tengo la presencia de esas cosas. Sin embargo creo que eso no es el paraíso perdido, que lo que se arma en el alma y en el corazón es este movimiento que es entre amoroso y sensorial, erótico también: un mito de la infancia.

Rojo: Para mí, eso no es mítico. Pasa, se siente, se percibe.

Turquesa: ¿Es un mito?, yo creo en una vivencia sensorial. Para mí es el olor del mar, no importa si voy a Florida o voy a Acapulco o voy a Yucatán, esa sensación que me hace sentir que llegué de alguna manera a casa. Pero a la vez, cuando voy a casa también al corto tiempo me sucede un poco lo que contó Amarillo, en cuanto siento olor a mar mezclado con las sensaciones que me ahuyentaron de ahí.

Amarillo: ¿De dónde eres tú?

Turquesa: De Estados Unidos, de una ciudad de viejitos. Mis padres se jubilaron y fueron a un pueblo de viejitos. Aunque ha ido cambiando la fisonomía, la composición social del lugar en los últimos veinte años. Ahora es el paraíso de los yupies, es un lugar diseñado como los gringos suponen que viven los hispanos/mediterráneos, con colores pastel, rosa, amarillo. Aquí, a veces se me olvida sentirme extranjera, no es algo que siempre tenga ahí como en activo, a veces está como archivado. Las cosas que a mí me lo recuerdan son del tipo de si alguien no me entiende cuando hablo o cuando me miro frente a un espejo y me doy cuenta que físicamente me veo un poco rara, en comparación con las demás.

Verde: Fíjense que todas ustedes salieron relativamente grandes de sus países.

Rojo: Creo que es distinto salir exiliada que salir por otras razones. Y creo que eso te marca mucho.

Verde: Y creo que también es distinto tener un lugar durante tu infancia y luego salir y extrañar eso. En mi caso, yo nací en México y a los cuarenta días me llevaron a Buenos Aires, a los pocos meses regresé y luego volví a viajar. Desde chica viví los dos mundos y sabía que no era de ninguno de los dos. O sea, cuando estaba en

Buenos Aires era la mexicana, cuando estaba aquí, era la argentina. Y no tengo recuerdos intensos por haber vivido en un solo lugar, un solo olor como Rojo, sino que siempre era el viaje y el cambio.

Rojo: Amarillo, ¿a qué edad saliste tú?

Amarillo: Yo llegué a México a los 27 años, después de vivir en el extranjero 4 años.

Rojo: Yo a los veintidós, pero después volví.

Verde: ¿Y tú Turquesa?

Turquesa: Yo a los veinticinco.

Rojo: Pero la sensación de extranjera, digamos la tuve después, cuando el exilio. Porque antes podía volver, era una cosa distinta, era una opción.

Lila: Aunque una pueda volver, mi sensación es como estar dividida. Para mí ha sido difícil el proceso de incorporación a este país, yo hasta el día de hoy me siento escindida entre lo mexicano y lo chileno. Tengo la misma impresión que ustedes cuando regreso, me encanta todo pero tampoco puedo quedarme allá; no es un impulso tan grande como para permanecer; sin embargo, acá también me cuesta mucho vivir.

Amarillo: Yo diría que ser extranjera es como un síntoma. Un síntoma de la dificultad de vivir, con los otros y como otro, y eso lo tienes igual en el lugar de origen, porque eres tan otro en el lugar de origen. En ese sentido creo yo que la raíz, la base de ser extranjero, es que todos somos extranjeros y esa vertiente o sea la extrañeza, la otredad, cuesta incorporarla, pues pertenece a la vida.

Rojo: Pero eso no se puede generalizar, cuando se habla desde la experiencia vivida.

Azul: Lo que dices Amarillo, si lo vemos desde el punto de vista filosófico, es inobjetable: todos somos extranjeros para los demás, somos el otro. Desde un punto de vista más pragmático hay unos extranjeros que se sienten muy extranjeros y otros que jamás van a reconocerlo. No ocurrirían los nacionalismos y las guerras y las destrucciones con todo y todo. No sé si es porque no salieron nunca de "su lugar". Si eso existe, es porque la otredad es una lucha, psicoanalíticamente si lo quieres ver desde ese punto de vista, o antropológicamente. Eso es lo que hace prender el nacionalismo, todavía a ultranza y todas las formas de chovinismo. En México éstas se dan de una manera, muy tensa y muy civilizada; creo que

hay un racismo mezclado con chovinismo, mezclado con no sé cuantas cosas. Sí, lo que decís me gusta, pero yo repararía en ese detalle. Creo que la idea de extranjería - y los sentimientos correlativos es el lugar de la negación, y me parece que, en general, es un arquetipo originario que anida en los pueblos enteros; decir "quiero pertenecer" y el deseo de pertenencia te llevan muchas veces a ignorar efectivamente la cualidad migratoria, nómada, de todo ser humano que pise este planeta, por lo menos como hecho virtual.

Verde: Hay contextos y hay países que te hacen sentir más extranjera, porque sentirse extranjero depende también de cómo te tratan los otros. Yo he vivido más tiempo de mi vida en México, elegí la nacionalidad mexicana, me siento mucho más mexicana, pero aquí me hacen sentir mucho más extranjera, por mi aspecto físico, que en Barcelona o en Buenos Aires. Yo en México no puedo pasar por mexicana, porque soy alta y güera. Voy al mercado y me hablan en inglés. En Barcelona me hablaban en catalán y hasta que yo explicaba que no era catalana, yo era una más en la calle, pasaba desapercibida, como paso desapercibida en Buenos Aires. En Buenos Aires, me reconocen por el acento mexicano, pero si empiezo a hablar en "vos" y con acento argentino ni me preguntan de dónde soy. En México es donde más extranjera me han hecho sentir.

Amarillo: Y sin embargo, oyéndote ahora, en el contexto de lo que dice Azul, también significaría que aquí hay más sensibilidad a la otredad. Sería una característica que haría más fácil la extranjería cuando hay más sensibilidad a la otredad, habría como xenofilia, digamos.

Rojo: Pero eso depende de cada caso. Yo estuve en Barcelona, soy hija de catalanes y a mí me aceptaron muy bien. Yo me sentía en mi casa, incluso había costumbres que se daban en mi casa y que yo no sabía que eran catalanas. Todo depende de la experiencia personal. Verde no tiene la experiencia catalana detrás, entonces quizás no fue capaz de sentir ese afecto, esa acogida hacia alguien que se identificaba como otra, como chilena, y ellos asumieron como catalana. A mí me trataron excesivamente bien. Yo ni hablaba catalán, pero el apellido es tan tradicional que para ellos yo fui catalana. El papel de los otros es importante en la forma en que se asume el ser extranjero.

Verde: A mí lo que me pasó es que me di cuenta de que mi herencia era española. Me di cuenta que cosas que yo pensaba que

eran argentinas, pues mis papás son argentinos, en realidad eran españolas. Mis padres son hijos de españoles y yo veía gente en la calle que era como de la familia; en Madrid un día me conmoví porque vi a alguien que era idéntico a mi papá; idéntica a una tía. La cosa física era muy, muy fuerte y sí me sentí muy en casa. Aparte creo que me sentí muy en casa por el estilo, por lo gritón, por muchas cosas, también fue el que nadie me preguntaba de dónde era, ni nadie me hablaba en inglés.

Púrpura: Además creo que influye el estrato social de donde uno proviene. Para mí, por ejemplo, eso influyó para sentirme más extranjera de lo extranjera que en general me siento. Supongo que debido a que la clase media argentina tiene determinadas características que acá no hay. Por ejemplo, yo no sé manejar, no tengo auto, lo cual en México es muy raro. Al comentar que trabajo desde los 17 años, a veces me preguntan si soy pobre y si voy en el metro también me miran como sapo de otro pozo. Siento que provenir de esa clase media, con sus códigos tan especiales y diferentes a los de aquí, me dificultó integrarme. A veces, por ejemplo, yo empezaba a entablar muy buena relación con compañeras mexicanas, pero había un momento donde los códigos que yo tenía me eran lo más difícil de explicar: trabajo desde los 17 años pero no soy pobre, no tengo auto ni sé manejar pero viajo y soy atea; sentía que tenía que explicar todo mi contexto y mi vida para que me entendieran.

Rojo: Supongo que eso se debe también al tiempo que una está en el país. Al principio, desde mi experiencia, tenía que explicar como era la Cordillera, o me daba a la tarea de explicarle a la vecina todo lo que me preguntaba, hasta que un día decidí que no tenía que explicarle nada a nadie, que ya me había aburrido de explicar mi extranjería, mi país, mi casa, de donde venía, etc., y en ese momento se me facilitó todo, en términos de hacer relaciones más livianas; como no querer imponer también al otro todo mi ser con toda mi completud, mi país, mi experiencia, mi exilio, mi mamá, papá, abuelito, cordillera. Eso me fue difícil de explicar, pero cuando pude dejar de hacerlo, fue un alivio.

Amarillo: Yo no creo que sea una cuestión de tiempo, creo que es una cuestión de actitud desde el inicio. También es cierto que el tiempo es un factor para cambiar de actitud y yo me doy cuenta de la manera en que yo llegué a México porque después he cambiado varias veces respecto a este lugar de extranjera. Llegué a México con

ganas de país y durante años yo no hablé de mi lugar de origen, ni de mi familia, ni de mis cordilleras, ni de mis ríos, de nada. Yo estaba asimilándome completamente, aquí todo me entusiasmaba, estaba en un estado sospechoso de exaltación, porque era como un estado de enamoramiento. Así yo lo sentí al principio en México, y la propia lengua me desencadenó muchas cosas. Yo pasé muchos años en México negando que era extranjera, cambié de manera de hablar (para mis criterios). Fue un cambio de actitud, desde el inicio vivía con mexicanos, poco a poco me di cuenta de la importancia que tenía el grupo. Aunque mis trabajos eran con mexicanos, el que en el grupo más estrecho, más íntimo hubiera extranjeros, no era en vano; los buscábamos, había como una necesidad de extranjeros, europeos y latinoamericanos, y yo sufrí una caída al reconocer que no era mexicana, porque durante mucho tiempo tuve la pretensión de que era mexicana.

Rojo: Estabas enamorada de un mexicano.

Amarillo: Me enamoré de México.

Azul: La extranjería también limita con los cuerpos y con el deseo y en ese sentido me parece muy interesante la acotación de Rojo. Estabas casada con un mexicano, y supuestamente lo querías.

Amarillo: Yo no creo que sólo exista el exilio, creo que existe el autoexilio. Yo soy autoexiliada con toda la carga de un exilio. Yo no me fui de mi país por problemas políticos, pero me fui de un contexto subjetivo y personal y familiar y de posibilidades de vida en un país con un cierto régimen, donde yo personalmente no podía descubrir el cuerpo, no podía descubrir la vida, para mí la vida estuvo en otra parte. Cruzar los Pirineos fue cruzar el círculo de tiza, pasar al mundo: España no era el mundo. Eso yo lo viví mucho como producto de un régimen y una educación.

Rojo: Yo creo que esas son metáforas; creo que eso de decir exilio o autoexilio, es una metáfora, pero no es real. Desde chiquitita yo armaba unos juguetes para cruzar a la Argentina. Todos los chilenos sueñan con tomar un barco o saltar la Cordillera. Lo hice a los 22 años, cuando me fui a París, y la experiencia es totalmente distinta cuando huyes de problemas familiares o a estudiar que cuando sales por exilio. El golpe del exilio no es lo mismo. Finalmente tú persigues un objetivo, una fantasía cuando cruzas los Pirineos, algo hay más allá de los Pirineos; en cambio, cuando hay exilio real uno deja la fantasía atrás.

Amarillo: Pero eso pasó, tú ya no eres exiliada.

Rojo: No, ya no. Yo ya estoy muy integrada aquí, y es una decisión.

Amarillo: Pero además ya no eres exiliada en relación a tu país de origen.

Rojo: Yo no regresé hasta diez años después, cuando mi papá se enfermó y me dieron permiso para regresar.

Amarillo: Pero tú has dicho en un momento que el exilio no es lo mismo porque no se puede regresar.

Rojo: No. Digo que el autoexilio es una metáfora del exilio verdadero.

Amarillo: Para ti el exilio verdadero es el político.

Rojo: No, el exilio es que te echen de un lugar, que te vas no por tu voluntad; te vas contra tu voluntad y los deseos. No es decisión tuya.

Azul: Es que te expulsan y lo de la expulsión es una violencia para nada trivial. Yo incluso estaba recordando a todas esas mujeres y hombres que como una masa común, con sus costumbres y sus vestimentas, viven en un país extranjero, en una gran ciudad, por ejemplo París, *y* provienen de países remotos *y* de otras culturas. Esas son las grandes migraciones de nuestro tiempo y ahí también podemos reconocer un tipo particular de expulsión, que no es estrictamente política sino más bien económica: en todos los casos hay una coincidencia, algo le sustrajeron a estas personas. Sencillamente les movieron el tapete y los arrancaron de su tierra y, en particular, les sustrajeron el derecho a decidir con libertad el lugar para vivir. Yo viví dos exilios políticos, en el primero tuve que abandonar Chile; en el segundo, muy poco tiempo después, mi propio país al que había ido supuestamente a refugiarme hasta que recalé en México y aquí sigo por muy buenas razones, incluidas las de la extranjería, aunque parezca paradójico. Lo que aprendí de estas experiencias, lo que puedo reconocer con total claridad, es que el dolor y la furia, la humillación, esa ofensa mortal de que te quiten el territorio donde naciste o donde elegiste vivir, es una de esas cosas que no cicatrizan nunca más, nunca.

Y aquí sigue vigente la primera metáfora literaria del desarraigo: la expulsión del paraíso, y la condena no es otra que la errancia. **Rojo:** El perdón no existe.

Azul: No existe ni olvido, ni perdón. Y vivir con esos sentimientos no es fácil.

Rojo: Y creo que eso marca la diferencia entre exilio y extranjería, porque finalmente una está agradecida con el lugar donde llega.

Amarillo: Decir usted no es de aquí es un poco como ¿a usted qué le falta?, es una definición negativa. Qué es lo que no tienes, que sí tendrías si fueras de aquí. El contexto del exilio latinoamericano es muy familiar.

Rojo: Depende de las personas; yo ahí, quizás soy un caso extremo. Pero llegando aquí me peleé con mis compañeros y dejé de militar y entonces perdí mi comunidad. A mí la gente no me saludaba, gente con la cual yo había vivido incluso en la misma casa, y esto es así porque reclamaba una serie de condiciones políticas para entrar a una comunidad formada por chilenos pero que no era ni siquiera la mía. Era la de un montón de diputados y senadores que se ponían a mandar cuando no habían sabido hacerlo en el lugar de origen. Yo estaba enojada con ellos y me dije: "es más fácil conocer a mi vecina que ir a conocer el senador x"; y así empecé y sólo recuperé algunos amigos. Fue divertido, porque los cortes políticos no se daban entre los que habíamos vivido la persecución, directamente éramos los que conocíamos a los muertos y desaparecidos; ahí no importaba de qué partido eras. En el resto de la comunidad había cortes ideológicos estúpidos y problemas de poder realmente graves. Los verdaderos amigos que pudimos hacer en varios años fueron esos, y la mayoría se quedó. El resto, los de la comunidad, volvió a Chile en cuanto pudo.

Lila: Quiero contar algo que me trastornó un poco. Hace un tiempo atrás fui con mi pareja al registro civil porque queríamos casarnos. Estando ahí, el juez le dijo a él "¿sus padres viven acá?", él contestó que sí y luego el juez me preguntó "¿y usted?" yo respondí "no, mis padres viven en Chile". Entonces comentó "cómo le vamos a hacer, porque usted va a aparecer como huérfana". Yo me quedé muy desanimada.

Rojo: Pero hay la posibilidad de que alguien sea tu testigo.

Lila: Ya no discutimos más ese punto. Ellos anotan los nombres de los padres en el cuaderno de registro, el día del matrimonio los llaman para que firmen. Lo que me trató de decir, el juez, es que como mis padres no iban a estar presentes yo aparecería como huérfana, él pensó que era una cosa fea que yo quedara así... ¿sí me explico?

Amarillo: Hay que ver si en ese "usted no es de aquí", si lo que importa más en una sociedad es la familia. **Rojo:** En todo México es así.

Azul: Sin duda apuntas bien. Mi experiencia, al menos, podría probarlo. Andando por las calles, en la tienda de abarrotes o en los tianguis, compartiendo un viaje con los taxistas, me he acostumbrado a escuchar esa pregunta que ya es célebre porque inicia cualquier conversación: "¿usted no es de aquí, verdad?" A pesar de lo reiterado del asunto, la pregunta siempre me agarra desprevenida y, en un segundo momento, me sumerge en cierta perplejidad. Todavía titubeante respondo lo propio: "No, no soy de aquí..., pero fíjese que sí. Hace veinte años que vivo en este país". Para mis adentros sigo en la duda: "¿de dónde soy?" Lo que sigue también pertenece a un libreto previsible: "¿Vive con su familia, con sus hijos, su esposo, en esta ciudad tan grande?" Renace mi vacilación: "No, mi familia está lejos..." La respuesta, esta vez, no se hace esperar: "Se debe sentir muy sola, no?" A estas alturas comienzo a sentirme totalmente derrotada y desisto de cualquier explicación.

Amarillo: ¿No es tanto la cultura mexicana, ni la cultura que tú tengas, sino que es la estructura familiar lo que te hace sentir arraigo?

Verde: Esa estructura familiar luego tú la repites. Yo me acuerdo que aquí en México los amigos de mis padres eran nuestros tíos y nuestras tías; eran judíos de origen polaco la mayoría, y con ellos pasábamos las vacaciones de fin de año. Yo les decía, tío Yuyo, tía Annie, tío León, tía Elfi; para mí eran mi familia. Así como para mis padres sus amigos muy cercanos pasaban a ser nuestra familia, de alguna manera mis amigas han pasado a ser las tías de mi hijo.

Rojo: Entre los chilenos eso es muy común. Pero yo no lo hice. Si hay un tío verdadero para que lo voy a suplantar. Hay una cosa real: mis hijas están solas y ellas tienen que hacer sus redes y las amistades nuestras son amigos; los tratan de tú, y son su referencia, pero no quise, en realidad no se me ocurrió, no fue algo voluntario, inventar al tío, a la tía, fue algo inconsciente. Ellos existen pero están lejos; no se pueden suplantar.

Lila: Acá, una da lástima porque no tiene familia. La gente a mí me ha dicho: "ay pobrecita, no están tus papás acá, y estás solita." El papel de la familia en México es muy importante, el que una no tenga familia cerca, es como si estuviera totalmente desprotegida.

Amarillo: Si yo pongo mi experiencia en juego, creo que en parte es cierto. Yo perdí la protección de mis padres cuando me fui, y eso depende de cada historia familiar, de cómo son los padres.

Verde: A mí no me bastó. De niña, siempre añoré tener a mis abuelos y mis tíos y primos. Yo veía que mis compañeros tenían todo eso: "voy a la casa de mi abuelita..." y yo todas esas relaciones no las tuve.

Rojo: A los diez y doce años mis hijas fueron a Chile y yo estaba feliz pensando eso. Me decía, "pobres mis hijas", yo que me crié en una de esas familias chilenas grandes, con casa grande, con primos que van a ver a la abuelita y juegan todos los sábados, ese tipo de cosas, con fiestas divertidas; yo decía "pobres no tienen primos". Y sucede que las llevé a Chile y cuando llegan y ven a la tremenda familia y lo que esto significa las minas se fueron a una estación de servicio, pidieron un mapa y se fueron solitas a pasear. Para ellas era tan complicado decidir a dónde iban con tanta gente, darles besos a tanta gente que, simplemente, decidieron conocer Santiago y sus alrededores solas. Hubo una cosa rarísima, porque mi familia está dividida, casi todos son reaccionarios, son gente con dinero y conservadora, entonces tú vas vestida de una manera y desde la puerta del condominio te empiezan a mirar y tú sabes perfectamente que el zapato no le viene a la cartera o cosas así y mis hijas entraban con *jeans* y en ese medio social tan cursi y ordenado como que eran extrañas. No lo lograron superar hasta que conocieron a una prima que vino acá y lo han pasado felices; estaban felices de tener una verdadera prima. Pero esa prima también fue exiliada, regresó a Chile, entonces tienen experiencias comunes. No se puede generalizar, creo. Yo creía que mis hijas necesitaban familia pero tienen a sus amigos del colegio; los amigos sí son sagrados, y los vecinos también sagrados.

Turquesa: Yo lo pienso desde mi lugar, entre gringos y por ser hija de viejitos, no había tíos porque estaban muertos. Se saltó una generación. Esa sensación del clan o de la tribu no me es familiar.

Verde: Estábamos hablando de extranjeros y terminamos hablando de familia.

Turquesa: Pero tiene mucho que ver. Para mucha gente, lo que dice Amarillo es así, no es sólo tener un hijo, necesitas tener familia. Aunque también depende de como te traten. Lo que muchas veces demuestra que te has integrado a México no es sólo que tienes hijos

o hija mexicana, sino también las relaciones con la familia el marido, lo que compone la familia extensa mexicana.

Verde: Fijate, qué curioso. En la tarde yo pensaba que viviendo en México mi mamá de repente decía: hoy va a venir a comer un mexicano, entonces lo extraño era que viniera a comer un mexicano y había que hacer algo especial para el mexicano que iba a venir, o sea para mí, viviendo en México, lo otro, lo extranjero, era lo mexicano. Durante mucho tiempo esta sensación de los otros, de los mexicanos, de lo diferente que era todo ese mundo, que además era el mundo que me rodeaba.

Rojo: Aparte, habría que ver las ventajas de ser extranjera. También tiene sus ventajas. Te perdonan muchas cosas porque eres extranjera, porque un montón de cosas que una hace, que sé yo, no cumplir con ciertas formalidades, tener la casa arreglada de otra manera, que el marido lave los platos, cualquier cosa, que te vistas distinto, te las perdonan y toleran por no ser mexicana.

Yo, por ejemplo, no correspondo al estereotipo. Vivo en un lugar de clase media, media, media, media pa' bajo. De esa gente que lava los autos todos los días. Ese afán de lavar el auto todos los días, es una cosa rarísima y yo no lo hago ni en semanas y te lo perdonan con una gran flexibilidad. Por otro lado pienso que el mexicano, aparte de ese rechazo al extranjero, también es flexible.

Amarillo: Yo no creo que haya sólo un rechazo al extranjero. Creo que también hay una fascinación por el extranjero.

Rojo: Sí, y en la vida cotidiana eso tiene ventajas; a una mexicana no le perdonarían muchas cosas que se te perdona o se tolera por ser extranjera.

Púrpura: Yo no sé si me lo perdonan o no me lo dicen.

Turquesa: Te clasifican como distinta.

Rojo: Te aceptan con esa diferencia.

Púrpura: Puede ser. Pero también hay un punto donde creo que se aguantan y no te contestan. A veces me parece que las cosas no me las dicen con demasiada sinceridad, o directamente. Por momentos siento que por ser extranjera, hay cosas que pueden molestar o no gustar y que no me las dicen, y a mí me gustaría que me las dijeran. No sé hasta donde lo perdonan o en qué situaciones dicen internamente "pinche argentina" ... Porque, además, ser argentina trae otras connotaciones. En realidad me gustaría que me digan las cosas más de frente, para poder hacer lo mismo. Porque,

es verdad, yo no digo ni un cuarto de las cosas que diría estando en Buenos Aires. Me cuido de cómo digo absolutamente todo: "Buenos días señor si usted puede ser tan amable y si no fuera molestia..." y termino pidiendo todo diciendo más por favor que cualquier mexicano.

Azul: Es una sobreactuación. Pero eso nos pasa mucho a los argentinos en particular, porque tenemos un desprestigio internacional tan poderoso que sobreactuamos todo el tiempo para que nos perdonen la procedencia. Las chilenas hablan suavemente y además tienen fama de ser extraordinarias, luminosas y seductoras y no hablan golpeado como nosotras. Entonces sobreactuamos, porque sí tenemos cola que nos pisen, aunque no sea la propia, sino la de la colectividad de origen.

Ser argentino no es cualquier cosa, es casi una desdicha. Te digo, he vivido casi veinte años en México y hasta la fecha me preguntan "si hace tanto tiempo que está aquí, ¿por qué tiene ese acento tan marcado?" Y, mire, digo yo, así ya patética, es lo único que me quedó, el acento. Lo conservo, lo preservo, es una manera como cualquier otra de mantener algo de todo lo que perdí y que probablemente elegí perder.

Pero quiero volver a una cosa que dijo antes Rojo acerca de las ventajas de la extranjería, aunque me gustaría hacer un pequeño cambio de giro. Yo creo que el extranjero, ya sea que lo concibamos como el nómada, el emigrante o el exiliado por voluntad o, como ya ha sido dicho, porque fue expulsado de su tierra, vive una experiencia peculiar. No solamente se abre al mundo y junto con ello a su interior (tal vez éste sea el viaje más importante), sino que puede vivir un distanciamiento reflexivo con lo que lo rodea. Ser mexicano en el mundo de la corrupción, los asesinatos políticos, las restricciones interiorizadas para la participación en la vida pública, es hoy un desafío considerable.

Los que no tenemos derechos políticos, sin embargo, participamos, de otro modo, en esa circunstancia. Descubro, más de una vez, que esa manera lateral de estar sumergidos en estos procesos, nos proporciona una cierta amplitud en el punto de vista, entre comprometida y también desasida. Un punto medio que permite la amplitud de la visión y, tal vez una menor angustia ante las situaciones, cuando de personas sensibles e interesadas se trata. Es otra manera

de insertarse en la historia que nos toca vivir. Y esta es probablemente la condición del nómada, el itinerante que atraviesa los países y de pronto tiene una percepción particular frente a lo otro -sea la política, las costumbres o la vida cotidiana. Y con esto vuelvo a algo que hemos estado rodeando todo el tiempo. Al fin de cuentas, ese distanciamiento que es una manera paradójica de apropiación, sólo puede darse en condiciones de no pertenencia a ningún lugar específico. El extranjero sería, pues, en principio, el nómada que lo es en su propio país. Porque ya no pertenecemos a ningún lugar. Por momentos se puede pensar que ésta es una fantasía interior, restringida casi a lo biográfico y a casos particulares. Pero creo que no es así. Es un aire de los tiempos, de los territorios sin fronteras, de la desaparición de las identidades fijas. El exilio, tal vez, está ya anunciado en el momento del nacimiento en estas épocas en las que prevalecen los individuos extraterritoriales y donde muchos podemos decir: "yo tengo una vida y un aire, un aliento que me permite luchar, pensar, amar, vivir, donde sea o donde caiga.

Amarillo: Pero Azul, en esa distancia que dices tener, también hay una confusión entre asociar todo lo que es un régimen y un sistema que es el PRI, con una manera de ser mexicano. Yo me he esforzado en los últimos años por separar lo mexicano de lo que podría ser un estilo priísta que está invadiendo al país. No creo que sea el destino de los mexicanos tener un PRI, creo que México tiene muchos otros destinos. Yo he tenido muchas experiencias en México, porque en este ser extranjera he tratado de incorporar el cuerpo a la colectividad, por ejemplo, a las manifestaciones; a las que he ido son momentos importantísimos para mí, donde me he sentido parte de un cuerpo colectivo. Ahí, esa distancia de estar con los otros, de verlos pasar, yo no la he vivido; en mi fantasía y en mi realidad me he sentido como mexicana, o sea, sin la distancia que tú dices que se tiene de los acontecimientos por la extranjería. Tragándome también la mierda.

Azul: Pero vos acabás de decir que te has sentido por mucho tiempo y de manera sospechosa mexicana, esas fueron tus palabras. Yo siempre me he reído de eso, nunca te lo dije, pero cuando te oía esa vocación, esa voluntad férrea por serlo, pensaba para mis adentros: si Amarillo es mexicana yo soy Greta Garbo. Yo te entiendo, vos sos nacionalizada, tenés derechos políticos, podés ir por la calle, como dice ese poema de Benedetti, en la calle codo a codo somos mucho más que dos. Sí, en Chile yo andaba codo a codo y

militaba; a mí en Chile nunca me dijeron que era extranjera y yo trabajé ahí codo a codo; en este país, vos sos nacionalizada y tenés derechos. Pero ahora descubro esa otra dimensión de la extranjería de la que hablaba antes.

Amarillo: Pero tú lo viviste en Chile, o sea, sí sabes lo que es ser extranjera y apropiarse del cuerpo colectivo.

Azul: Sí, sí, es un momento de éxtasis, se habla de las masas y el poder.

Rojo: Yo siento que a mí me vacunó mi tremenda y fuerte experiencia política y la pérdida de esa fantasía. Cuando cayó Allende, lo que yo pensé, y me significó una culpa de años, fue la constatación inmediata, en un momento de ese 11 de septiembre, de que no iba a poder ser ministra de Educación y hacer lo que quería en ese país y cumplir mis sueños. Porque los estaba cumpliendo y hacía lo que yo creía que había que hacer. Era sobre todo cumplir una fantasía. Yo tenía 25 años, y me dije: te fregaste, vas a ser una simple profesora.

Verde: Yo tuve a los ocho años, un shock en la escuela primaria, cuando nos preguntaron qué queríamos ser de grandes. Yo dije que quería ser presidenta, y a mí me dijeron: no puedes, porque eres hija de extranjeros y la ley de México lo prohíbe. Me lo dijo la maestra, no los compañeritos. Y ahí fue como cobré más conciencia de mi desventaja. Curiosamente no me dijeron porque eres mujer, sino porque eres hija de extranjeros.

Rojo: En este caso yo nunca me había planteado qué era el poder. Pero una vez que lo tuve, me encantó, me fascinó. En Chuquicamata, en el norte, estaba donde según un grupo de gente se jugaba una parte central del juego político, en la mina. Era apasionada y creía que había que hacer las cosas donde estaba el "salario de Chile" y la clase obrera; yo estuve ahí, y pude hacer algunas cosas que me dieron la sensación de que se pueden hacer realidad algunas ideas que se tienen; y cuando tú pierdes eso ¡hijole no! Pero estábamos en otra, estábamos en el sentirse parte de un cuerpo colectivo. A mí me vacunó tanto mi experiencia chilena que cuando voy a manifestaciones de Cárdenas o del PRD, las siento muy ajenas a mí, no me dicen nada. Me gusta ver a las mujeres, a las familias populares, me entenece que haya gente que todavía se mueve, pero la verdad es que no me he sentido identificada. Quizá hubo ahí un trauma. Desde entonces yo he querido ser individua y creo que apren

dí algo radical, el que no me voy a meter en cuestiones colectivas que me involucren y me lleven a situaciones que yo no voy a controlar, pues hay a veces un límite que es la muerte. No he podido rehacer esa parte mía colectiva, quizá lo más parecido lo encontré en grupos de amigos o en el feminismo a donde entré y estoy suavemente, en una forma comprometida pero liviana.

Amarillo: Desde luego, que me sentí mucho más extranjera en Inglaterra de lo que me siento en México y ahí quiero tocar otro punto que me parece fundamental y es la lengua. Llegó un momento de mi vida donde me di cuenta que por mucho desarraigo que sintiera, nostalgia, paraíso perdido, todo lo que sea, yo no podría vivir en otro país que no tuviera mi lengua.

Rojo: O sea, en términos metafóricos, ya habías pasado tu Cordillera cuando llegaste aquí.

Amarillo: Hay como un cosmopolitismo. No importa de dónde eres, estás ahí porque se trata de otra fuerza que trasciende las nacionalidades. Eso se está perdiendo con el incremento de los chovinismos y los nacionalismos tan criminales. En la época de Inglaterra lo que viví era una generación internacional, no política militante, sino la generación del 68; éramos capaces de andar de un país a otro errando, aprendiendo cultura, estando en la contracultura, y eso fue muy cosmopolita. A mí me ha llevado a tener amigos del alma de diferentes nacionalidades.

Verde: Pero con una cierta ideología compartida. Cosmopolita de izquierda o progresista, porque te puedo asegurar que muchos jóvenes que viajaban por esa época no tenían para nada ese tipo de inquietudes.

Amarillo: Por eso hablo de la generación del 68, que vivió el 68 como un movimiento de lo imposible. Un movimiento que cuando llegué a México encontré aquí. Esa gente no tiene nada que ver con lo que decíamos antes de si tienes o no familia, o sea aquí había una tierra de todos y de nadie, donde el contagio era muy importante.

Rojo: No hay duda que las primeras rupturas con tu familia, con tu pertenencia, te ayudan muchísimo a la adaptación al lugar donde emigraste. En mi caso, México fue elegido por la lengua. Yo no quería ser la magrebina en París; como yo tengo cara de árabe, me decían magrebina o italiana, ni quería que mi hija, que tiene el pelo chino, y tiene un apellido bien español, fuera la inmigrada del

curso y estuviera aislada. Hubo algo que a mí me puso las antenas y dije: quiero que mis hijas crezcan en castellano, así fue. La lengua fue importante, pero también es importante rescatar las rupturas que te enseñan a adaptarte después. Porque una va quebrando de a poco esas pertenencias y luego ya forman parte de tu manera de ser. Mi padre es inmigrante y en la casa había una serie de costumbres que me ayudaron mucho a arraigarme, costumbres que yo criticaba muchísimo, como ser amarrete, ser ahorrativo, juntar cositas; mi padre tenía plata, pero decía: "para qué compro otra silla si me siento en una". Eso me ayudó muchísimo al principio, como adaptación primera, pero luego no me ayudó para nada, porque en México se vive de otra manera. Esa manera ahorrativa, racional de vivir, no existe; tú gastas todo, es otra manera de ser, hay más prodigalidad aquí, se vive más al día. Entonces tuve que hacerme como un lavado de cerebro, para mirar de otra manera, para también poder gozar de la sociedad mexicana, y no aislarme. Ser chilena es una nacionalidad media, gris, es buenísimo.

Turquesa: Yo creo que ser extranjeras da ventajas y desventajas. Si una dice que por ser argentina no es muy bien recibida, tampoco por ser gringa lo es a veces. En un contexto en el cual una es totalmente desconocida, a veces te tratan como un estereotipo de carácter nacional, después cuando te conocen te dicen "no pareces gringa". Yo pienso en "cómo deberíamos de ser" de acuerdo a las respuestas de muchas personas, aquí yo también reconozco que a veces a una gringa la tratan mal, y no sé si es el caso de los argentinos porque a veces una rompe con lo que son las normas de lo que es actuar como una buena mujer mexicana. A veces también por el malinchismo, se supone que una sabe más de lo que sabe o, inclusive los hombres mexicanos le tratan a una como "mujer" "estadounidense neutro", no como a una mexicana, no la escuchan así, la ignoran.

La cuestión de la lengua, de la cual habla Amarillo, es importante. Yo no tengo buen oído para los idiomas, todavía tengo mucho acento y me dicen ¿cuándo llegaste?, ¿tienes poco tiempo aquí en México?, digo no, tengo casi veinte años, pero el idioma para mí no es lo más fundamental para la sensación de extranjero, no pertenencia. Cuando fui a Inglaterra por primera vez yo estaba esperando sentirme como en casa, ir a un país donde hablaban en inglés, y me sentí realmente desubicada, me sentí como alguien fuera de su lugar por completo, con ropa chillante del trópico, el lenguaje corporal

fue absolutamente distinto, en el mar fue lo mismo. Tiene su encanto, pero no es un lugar que me produce esa sensación de que ya llegué a casa; realmente sentí como que era un lugar donde no se me antojaba vivir.

Rojo: A mí me encanta Inglaterra y me encanta que haya conversación y me sentí como en mi casa. Hay modales, hay normas, a mí me fascinó eso de que la gente haga conversación, que la gente se divierta, aunque sean hipócritas, eso no importa un rábano porque son capaces de producir un ambiente, de producir algo distinto que divierte muchísimo. A mí me encantó, debo decir que Inglaterra es un lugar donde yo iría fácilmente.

Verde: Yo también, mucho más que vivir en Francia o en Italia, viviría en Inglaterra. Y para mí tiene el beneficio extra de pasar desapercibida, por tener aspecto de gringa o de inglesa...

Rojo: No es problema de pinta, es cuestión de integrarse a un orden sociocultural más fácilmente.

Verde: Tú puedes integrarte a un orden con mayor facilidad en ciertos contextos. El racismo lo vives de los dos lados y yo he tenido muchos privilegios en México. Por tener el aspecto que tengo, llego a un lugar donde la gente está haciendo cola y a mí me llaman así como para que me brinque la cola, cosas inauditas, que ni me pasaron en España, ni me pasan en Argentina. La sensación de ser una más, una ciudadana más, en México no la tengo. Y esa sensación, como no la tengo aquí, me encanta ser una que tiene que hacer su fila como todo el mundo.

Tuquesa: En Inglaterra cuando llegué, pregunté a alguien por el apellido de mi familia, pues mi padre hizo la genealogía hasta 1700. Mi decepción fue grande cuando alguien dijo era común como Pérez.

Amarillo: Azul, a mí me interesaría que, hablaras más de esa afirmación que has hecho tan contundente respecto a la desgracia de ser argentino, o sea a la imposibilidad de andar por el mundo sin que te maltraten, al ser incomprendido, entendido en todos lados como negativo.

Azul: Yo usé un giro chistoso para pensar los escenarios, dije que los argentinos sobreactuamos para que nos perdonen la procedencia. Esto me lo sugirió Púrpura, por lo que venía diciendo sobre este esfuerzo para disimular el origen, y veo que es así y lo ves mucho en diversas latitudes. Por eso la cuestión de la lengua a mí me intriga. Yo pienso, en todo caso, en hablas particulares, regionales,

coloquiales, que son pequeños islotes comunales, comunitarios. Los cordobeses lo menos que queremos es que nos vayan a confundir con un porteño o una porteña; hablamos distinto, tenemos otro acento, tenemos una cultura local. Finalmente se trata de lo que expresaba María Elena Walsh en la *Serata para la tierra de una* si el amor persiste, entre otras cosas, es porque "el lenguaje de infancia es un secreto entre los dos", irrenunciable, conmovedor, eso es lo que me une a la gente que amo de aquellas latitudes dondequiera que estén y también es lo que me evoca, más que nada, el territorio ausente. La comarca de los hispanoparlantes es amplísima. Por eso, antes que en la lengua creo en las palabras menores y sólo en ese sentido soy territorial, de territorios pequeños, locales. Al decir esto no sé muy bien si estoy hablando de la infancia o de un minúsculo poblado de la pampa cordobesa.

En cuanto a lo que me preguntabas Amarillo, sigo creyendo que es una penuria haber nacido es ese país si pensamos en las últimas décadas en la que de manera bastante generalizada la prepotencia de ciertas clases medias y altas del país, con las dictaduras militares y bajo su amparo, se vuelve dictadura de las costumbres y hasta de los estilos del lenguaje. Sólo basta pensar en lo que heredamos si leemos el último libro de Tomás Eloy Martínez, *Sarta Euita*, en el que el centro del relato es un cadáver fosforescente. Herederos de Perón y el peronismo, no podemos sino vivir la doble cara de una cultura tan politizada como siniestra. Menem, tal vez, es el ejemplo visible, casi insoportable, de la desgracia nacional. Ese país da para todo, diría algún argentino muy abusado. Pero con eso también se está diciendo que es el país de los chantas y, cómo olvidarlo, de los asesinos que pasean por la calle Florida beneficiados por la ley de punto final. "Desaparecieron" probablemente a los mejores y algunos de ellos se encumbraron, se pasean por Miami, vía México, con aires de dueños del mundo, para escarnio de los que compartimos el mismo origen.

Sí, los argentinos no son bien vistos ni en México ni en muchos otros lugares; esto es ya una categoría universal dentro de las relaciones internacionales.

Yo me acuerdo, nunca me voy a olvidar, de la final del Mundial de Fútbol en México. Creo que fue en 1986, cuando Argentina salió campeón. Jugaba contra Alemania. Todo el estadio Azteca, 120 000 mexicanos gritaban a favor de Alemania, el país de "los arios puros"

y a mí me corrían las lágrimas. Presenciaba el partido con amigos mexicanos mientras todos los mexicanos, incluidos mis amigos, se burlaban del chaparrito Maradona, puteaban el pinche color azul y blanco de las camisetas y de paso a todos los argentinos, no vaya a ser. Todo el estadio en contra y ese equipo -ni modo que latinoamericano- ganó. Seguí llorando bastante rato. ¿Acaso se trataba de fútbol? ¿De mi "equipo"? ¿De mi país? Sé que las cosas son mucho más complejas, pero no es el momento para dilucidarlas. Allí queda en el recuerdo esa tarde refulgente del altiplano y once pinches buyes americanos -¿o tal vez debía decir argentinos?- abucheados por la multitud.

Royo: Debe marcar mucho lo argentino, porque tener una nacionalidad más bien gris como la chilena ayuda en el caso mexicano. Por ejemplo, yo soy tildada como poco diplomática para todos los mexicanos, digo lo que pienso, y finalmente esa es una ventaja, me lo perdonan por ser extranjera, o tal vez hablan mal de mí, o algunos se enojan. Pero eso como que me permite ser yo misma, no con la carga de ser chilena. En tu caso, si haces lo mismo, se mete tu personalidad, tu identidad más todos los prejuicios que existen sobre esta nacionalidad.

Púrpura: A mí una de las cosas que más me fascinaba de venir a México era "voy a ser anónima". Sin embargo dejé de ser anónima y pasé a ser "la argentina", con una connotación negativa tan grande, que sentí que no había hecho un muy buen negocio. En muchos momentos se me escuchaba como "la argentina" más que como Púrpura y eso me dolía terriblemente. A mí el odio que hay contra la Argentina, me duele. Porque yo puedo reconocer que los argentinos tenemos una tendencia a ser prepotentes, pero también es cierto que no se puede generalizar. Lo único que pido es que me den chance de escucharme dos segundos como a cualquiera, y no como la pinche argentina. Muchas veces me dicen "por fin una argentina buena onda", o "no pareces argentina", y en vez de hacerme sentir bien, por momentos me da bronca. En un primer momento me siento bien por haber roto el estereotipo, pero por el otro lado digo "basta, estoy harta de llevar este karma, quiero que me digan sos buena onda y ya". A pesar que conocía todos los prejuicios que había sobre los argentinos, no pensé que eran tan grandes. Así fue como intenté desligarme de ser argentina y disimular.

Amarillo: Ser español es una nacionalidad difícil de llevar; veo lo tremendo que es ver a un español como Aznar, así como Azul habla de Menem, a quien lo considero grotesco. Es espantoso, pero para mí las connotaciones que tiene Aznar son de que encarna una serie de imágenes de lo que es España que también son reales, y a mí eso es lo que me cuesta asimilar. Ahora, lo que quiero reforzar es el punto de que todos somos extranjeros, porque ¿qué es eso de concebir a todos los argentinos o a todos los españoles como sensibles a determinadas cosas? No es cierto, cada quien lleva su singularidad de una manera muy propia.

Verde: Pero de nuevo eso es teórico, Amarillo. Yo circulo por el mundo como mexicana y es muy fácil ser mexicana. Me acuerdo en Cuba, decías que eras de México, y no sabes las muestras de amor por México y por los mexicanos. En Argentina igual, en toda América Latina. En España yo me acuerdo de haber ido con una amiga argentina de compras y la trataban muy mal, y a mí me preguntaban por el acento, y tú de dónde eres, y al responder que de México, el cambio del trato conmigo era notable. Y las dos teníamos un aspecto parecido, yo no tengo aspecto mexicano. Tener nacionalidad mexicana en ese sentido es un placer. A todas partes que he ido, es reconfortante el hecho que te digan "¡ah! México" y que en seguida te recuerden que los mariachis o que Cárdenas o lo que sea. Así como ella de repente puede sentir aquí el peso de ser argentina, yo en la Argentina nunca sentí el peso de ser mexicana; al contrario, yo sentía el privilegio, llama la atención, es lo extraño, es lo folklórico, a mí me ha sorprendido. Entiendo que lo que tú dices, pero es como muy en el nivel ontológico, como que todos somos extranjeros, pero hay unos más extranjeros que otros y hay unos más aceptados y unos más rechazados que otros.

Amarillo: Yo empecé diciendo que la nacionalidad española es muy difícil de llevar, porque España tiene cosas muy pesadas. Yo me fui con muchísimo conflicto con eso. Ahora, a España, con sus defectos la quiero y sé que tiene defectos insoportables, pero la quiero. Pero me ha costado mucho, porque llega un momento que te pone en conflicto con tu propio país, una manera de hablar, una manera de abordar, una manera de poder vivir. Sin embargo, desde que me hice mexicana, he viajado como mexicana por el mundo y no he tenido ningún problema ni una sola broma de mal gusto, ni un solo insulto, jamás.

Rojos: Estoy de acuerdo con Verde en que no se puede generalizar, que todos somos extranjeros puede ser cierto a un nivel teórico, una prueba de eso para mí fue la siguiente. Cuando daba clase en México me sentía muy cansada; en México a veces cuando tengo que hablar en público me siento súper cansada. Hace dos años fui a Chile porque una amiga me invitó, me hizo un recorrido por todo el país para hacer clases y dar conferencias. Cuando hacía una clase no me cansaba y descubrí que era el código, así de sencillo. Yo veía esas caras, y sabía todo lo que había detrás. En cambio aquí, me enfrento a un grupo y tengo que estar lúcida y consciente para saber lo que me quiere decir la persona o qué hay detrás de algunos gestos. Fíjate que en esa estadía trabajé mucho y sentí que verdaderamente aquí en México era extranjera y allá no, pese a las broncas que tengo con la mitad de Chile, con más de la mitad, con el 70% porque el 30% es más o menos decente. Pero ahí sentí que no es algo teórico ser extranjero. Claro que en última instancia desde que una sale de la mamá es extranjera en el mundo. Pero eso es abstracto; la prueba, mi prueba, fue encontrar la facilidad, el código compartido, algo que vuelve todo sencillísimo, que no me cansa nada. Es que aquí soy extranjera.

Amarillo: Yo creo que eso que estás diciendo no lo tengo. Creo que sí hay una dificultad enorme por llegar a ser, por llegar a vivir, por estar en contacto con la otredad, y a mí me ha costado mucho también, con todo el deseo que salí de un lugar para estar en el mundo. Son procesos de cada quien, no tengo esta naturalidad de la que se habla, para mí es mítica.

Púrpura: También depende de a dónde una va. Cuando estuve en Barcelona, por ejemplo, o en Madrid, dije "acá sería sencillo integrarme". Me sentía como en casa, la gente era parecida, la ciudad se me hacía familiar, me sentía segura. Cuando llegué a México lo primero que dije fue "qué dificultad", todo era distinto y ajeno a mí. Por eso supongo que no es lo mismo vivir en un lugar que en otro. Lo que más dificultó y me dificulta el sentirme como en casa y a lo cual no me puedo adaptar es al lugar que tiene la mujer, y al machismo cotidiano que hay en la calle. Viajo en metro y tengo miedo, quedo agotada porque vi a dos hombres tocándole el culo a tres mujeres; leo en el periódico que violaron a una adolescente, voy a la UNAM y me dicen cuidado porque violan a una mujer por día y por

si fuera poco una vez dos policías borrachos me quisieron bajar de un taxi. A las tres semanas de haber llegado me puse una minifalda y caminando por Francisco Sosa a las doce del mediodía yendo a Coyoacán, todos los vigilantes de las casas empezaron a ofrecerme plata, a decirme "vení nena", mientras que el resto de los señores que andaban por ahí lo único que hacían era mirar para aplaudir.

Rojo: Pero eso pasa por andar a pie. Yo tomaba un camión en Insurgentes y era terrible. Una vez un viejo me agarró y yo como chilena empecé a gritar: "viejo cochino", creyendo que todas las mujeres del camión se iban a solidarizar conmigo o por lo menos que el chofer iba a hacer bajar a ese señor como lo hacen en Chile. Nada, no pasó nada. Salí humillada, llorando.

Turquesa: Ahí se ve la diferencia del código. Es un rollo de la edad también, el de cómo traten a una extranjera, si eres joven o si ya no lo eres.

Lila: Yo en México me visto como monja. Una vez una amiga me dijo, "¿pero si tienes muy bonitas piernas, por qué te tapas?" Acá yo uso vestidos largos y cuando me pongo un vestido muy escotado me cubro con un pañuelo. Únicamente en mi casa ando descubierta.

La agresión sexual, no se dirige sólo a las mujeres jóvenes. En el metro, también me pasa lo mismo que a Púrpura, es un agotamiento con los hombres, porque hay que estar al pendiente. Los hombres agreden sexualmente a todas las mujeres, sean viejas, jóvenes, bonitas o feas. Un día, me subí al metro con un vestido gris que me llegaba hasta los tobillos, a mi lado había una mujer de unos sesenta años, con buen cuerpo y ropa muy ajustada... los hombres, viejos y jóvenes, estaban enloquecidos con la señora.

Rojo: Yo estaba embarazada de ocho meses y sentía que así nadie me tocaba; claro andaba sin medias, todavía ando sin medias pero ahora en auto, y eso parece ser un acto provocativo máximo. Y un viejo me metió la mano al bajar del camión, por debajo de la falda. Y eso que aquí se habla reiteradamente sobre el respeto a la maternidad y no sé qué tantas cosas.

Lila: Mi pareja me dice: "no mires tanto a los ojos, puede que un hombre te diga o haga algo!" Yo soy super mirona, no sé si es costumbre de Chile o qué, pero yo miro. Soy muy observadora y no es que me guste alguno en especial, miro a todo el mundo. Y el que me salva de muchas "metidas de pata" es mi pareja, que vive hace

muchos más años en México, se ha educado acá y maneja los códigos culturales.

Púrpura: Cuando llegué a México me asexué.

Rojo: Yo también, claro y además, me protegí, empecé a usar argolla, me compré una. Nunca tuve. Me quité los pañuelos de la cabeza pues una vez seis tipos me quisieron violar.

Púrpura: Cambié la actitud. En México me desconocí y tuve que pasar a ser otra mujer que no soy. Yo estaba acostumbrada a sonreír por la calle, a caminar moviéndome de determinada forma y acá no lo hago más, empecé a sentir culpa de vestirme como acostumbraba, y todo el tiempo estaba pendiente de qué estaba mostrando, si sonreía de más o no.

Rojo: Sabes qué pasa además, que una no puede ser amiga de los colegas, de los hombres. Al principio yo trabajé en una empresa privada; puro ingeniero, la secretaria y yo. A veces teníamos que trabajar, pero otras veces no y, qué lata y yo no estoy acostumbrada a estar en una oficina hasta las cinco de la tarde porque lo dice el reglamento. Entonces le decía a algún colega vámonos al cine, se trataba de una actitud maliciosa contra la empresa o el creer que el colega también estaba aburrido, perdiendo el tiempo sentados. Lo curioso es que el señor creía que lo estaba invitando al hotel directamente. Y perdí muchas relaciones de amistad con hombres, por ese tipo de cosas. Si hasta un café en el Sanborns era pecaminoso o era interpretado por ellos así. Yo no tenía amigos mexicanos hombres. Así lo aprendí.

Verde: A mí varias amigas sureñas me comentaron lo difícil que era tener *affaires* con mexicanos. Eso del código. Una se metió con un tipo mexicano y se vacunó. ¡Quería llevarle mariachis a la casa! Para ella era un arreglo para pasarlo bien y ya. Pero llegó un momento que ese señor, que se iba a casar, no soportó el asunto y mi amiga lo pescó en la esquina de su casa con un grupo de mariachis. Se imaginan el encuentro con el marido, todo, qué ridículo. Entonces dijo: esto no lo puedo controlar, mejor me abstengo.

Amarillo: Te relacionas con un determinado tipo de gente. Mi experiencia es que con la gente con la que me he metido era gente con muchas afinidades.

Verde: Pero un afín mexicano y un afín extranjero pueden ser muy distintos. Además de ser afín en gustos, en intereses, existe

esa cosa cultural del machismo, que también tiene su parte de la galantería o del cortejo.

Turquesa: Yo creo que tienen razón. Realmente existe una diferencia cultural machista, a lo mejor creo que yo también me volví algo monjil, antes de llegar a México a mí me pasaron también esas cosas y cosas peores. Pero eso de que "por qué me miraste", no es distintivo de los mexicanos, los gringos de propios no tienen ningún pelo. En lo personal a ti te parece cursi, que te lleven mariachis.

Verde: A mi amiga le pareció insolente que se los llevaran a la casa del marido; ningún hombre de su país haría algo así, ponerla en riesgo en su matrimonio.

Turquesa: Yo creo que fue el mexicano con el cual se metió. A mi marido mexicano jamás se le ocurriría.

Verde: Yo creo que es de nuevo el punto del código. Si tú vas a tener relación como mujer casada con un hombre que sabe que estás casada y que eso tiene que ser semiclandestino, no se le puede ocurrir llevarte mariachis.

Púrpura: La amenaza como mujer la sientes en la calle. Me encuentro tipos amenazantes en todos lados, en el metro, en Cuatro Caminos, en la calle, en el súper.

Verde: Esa amenaza callejera tan constante y marcada tiene que ver con el lugar de la mujer en México.

Amarillo: Lo que quiero decir es que la experiencia con los hombres, sean de donde sean, no me sirve para saber cómo es el hombre común.

Verde: No lo digo sólo con una medida individual, sino socialmente, aunque también cambia generacionalmente. En este momento que ya tenemos cuarenta y tantos años y andamos en auto no tenemos que vivir la confrontación que ellas dos, que andan sin auto y son jovencitas.

Púrpura: A mí no me asusta que me digan cosas. Lo que me asusta es la impunidad masculina que existe y el gran consenso que sobre que "la mujer seguro provocó". Porque sé que si me voy sola a Iztapalapa a las 3 de la mañana, me estoy metiendo en problemas, pero otra cosa es cuando en cualquier lugar y a cualquier hora me pueden violar, y eso se toma como natural. En un punto siento que parece que es así, y que nos tenemos que aguantar. Y no me puedo adaptar a esto, me sigue angustiando como el primer día. Y no es paranoia.

Lila: No, no es paranoia. Cuando con mi pareja nos quedamos de encontrar en un punto y se tarda más de diez minutos, para mí es un sufrimiento, porque pasa eso... te agreden sexualmente, te desnudan con miradas, se acercan sin que una los provoque.

Rojo: Es que aquí hay dos clases sociales, los que van con auto y los que no, eso es todo. Desde el momento en que tienes auto la mayoría de esos problemas desaparecen.

Púrpura: A eso también me es difícil adaptarme. A veces pienso que si me quedara a vivir en México, tendría un nivel económico determinado, tendría auto, me movería por determinados lugares, al metro Cuatro Caminos no iría más, estaría con determinada gente parecida a mí, pero todo lo otro me quedaría restringido, como si viviera en un ghetto.

Amarillo: Yo ya me acostumbré, pero en cuanto veo la posibilidad de que en otra ciudad se puede vivir de otra manera, añoro esa libertad.

Rojo: También tiene que ver con jugar con distintas máscaras, o tener diferentes roles en distintos lugares. Eso es una ventaja en México, digo, esto tiene que ver con la cultura mexicana, la gente es así.

Amarillo: Estamos hablando de la cultura urbana; mi comparación no es con otros países sino con otras ciudades, aquí la vida de ciudad es sumamente restringida, la ciudad más grande del mundo, lo que está demostrando es que no se puede vivir así.

Azul: Es bueno lo que has dicho porque de lo contrario no se va a entender nada. No existe vida urbana, no existe una ciudad, existen muchas ciudades, pero al mismo tiempo existen los más fuertes, intensos y devastadores conflictos y contradicciones sociales que cualquier ser sensible puede vivir. Todo eso es producto de la masa de violencia. No hay vida urbana, no existe un centro, existe una ciudad descentrada, desorganizada, caótica, catastrófica, lo que quieras, y eso que te pasa tiene que ver con esto. Toda esa violencia que han descrito como muy masculina, muy machista, también tiene que ver con los roces, la ferocidad, la brutalidad interiorizada que ves en todos lados. Hay que tener auto, como si eso fuera una especie de nave espacial que te inmuniza de la contaminación. Porque la contaminación no es del aire solamente, es algo que se respira, es que al otro hay que sufrirlo también, es decir, ahí se expresa el temor al contacto, a la convivencia.

Amarillo: Es una renuncia bestial, es como acabar viviendo como en cápsulas, con la gente de la tienda, con la gente que viene a trabajar en mi casa, con mis vecinos.

Rojo: Pero también después de traspasar tu código. Yo a las empleadas domésticas las trataba como iguales, pero todas las empleadas me robaban y se aprovechaban de mí, una cosa terrible. Yo no entendía, por ejemplo que, una empleada se te iba una semana porque había una fiesta en su pueblo, yo con niñas chicas tenía que trabajar. Su lógica es completamente distinta a la tuya.

Amarillo: Hay un otro real y es al que le pertenece el país, al que debería pertenecerle. Aquí hay un otro, México tiene también ese encanto y esa fascinación para nosotros, porque es de otros. Yo creo que esto tiene que ver con lo otro, y lo que tú estás tocando es una vertiente del ser occidental que nunca ha tenido que ver con lo otro. Mucho de lo que tú dices es porque siempre te has movido en un territorio mucho más homogéneo, muchísimo más como tú y aquí en México existe lo otro.

Púrpura: Eso es lo que me fascina de vivir en México, lo diferente. Aprender a armarme y desarmarme para entender, a cambiar códigos, a reirme por cosas que antes no me daban gracia, a tener paciencia...

Amarillo: O vienes en plan de aventura a descubrir lo otro o vienes para vivir tu vida de siempre, con los cambios que quieres que te ofrezca tu vida de siempre en otro país que es del otro. Eso implica cambiar de actitud. Estás en un país donde no tiene que ver con tus esquemas.

Púrpura: Sí, eso lo sé.

Amarillo: Pero no todo es negativo.

Púrpura: En ningún momento dije que sea negativo. Hablé de mis limitaciones, mis miedos y mis dudas como hasta dónde puedo vivir en un país con este tipo de códigos y hasta dónde no.

Turquesa: La cosa no es sólo la fascinación con el otro, sino también la aceptación, la predisposición a cambiar los códigos.

Rojo: Pero no es una decisión voluntarista, tipo yo voy a abrir mi código, es algo que una va aprendiendo o realizando de modo no consciente.

Púrpura: Además creo que están las ganas de querer o no cambiar determinados códigos. Es cierto que lo que yo he aprendido viviendo acá es muchísimo. Allá, en Buenos Aires todos somos igual

les, no hay que hacer ningún esfuerzo de nada, te entendés con el colectivo, con el mozo, con tus amigos hablando de la misma forma. Realmente lo que viví acá me hizo cambiar mi actitud, y me molesta cuando alguien me habla en argentino puro, porque me parece sumamente agresivo: interrumpen, todos hablan al mismo tiempo, nadie se escucha. Cuando fui a la Argentina un montón de cosas que antes no me llamaban la atención pasaron a no gustarme. Hay mucha negación hacia lo distinto, lo diferente y para tomarlo en cuenta siempre se toman como autorreferentes, eso me molestó mucho. Pero una opta y negocia, para mí es muy importante poder caminar sola por las calles sin miedo y vestirme como me gusta, pero también aprender de lo distinto.

Verde: A mí en Barcelona me pasó algo similar en relación a lo que decía Púrpura sobre cómo se sentía en la calle. Yo me sentía muy libre, podía andar sola, salía de la filmoteca a las diez de la noche y me iba caminando a la casa, sin esa cosa de estar me cuidando en la calle. Yo descubrí el placer de andar en la calle en Barcelona, en México ando siempre en auto y andar sola en la calle fue rico.

Rojos: Tú lo descubriste, ella lo perdió.

Lila: Otra cosa que ha sido súper difícil y que creo que hay que abordar, es el acceder de manera distinta a ámbitos laborales por el hecho de ser extranjera. No tiene que ver sólo con el asunto de los papeles para trabajar legalmente, que es algo tan importante, sino con la percepción que hay sobre el trabajo, o sea, cómo se asume el trabajar en México siendo extranjero. Ha sido complicado relacionarme con la gente en el trabajo, yo pensaba que lo que se esperaba de mí era que fuera puntual, eficiente y responsable, pero me di cuenta que eso no bastaba para desenvolverse bien en los espacios laborales. Es necesario desarrollar otras estrategias para conservar un trabajo y ser aceptada.

Definitivamente comprendí que México no es occidente, es otra cosa, y tal vez ahí radica su magia y atractivo. Como que en México las relaciones se dan en una sociedad de tipo virreinal.

Verde: Sí, echar relajo; chorchas, es decir, más que llegar y ponerte a trabajar, hay que cumplir con ciertos rituales.

Lila: Sí, cumplir con ciertos rituales que para mí, la mayoría de las veces, son agotadores.

Rojos: Lo que acaban de decir es importante. Uno en relación al proceso que decía Púrpura y otro en relación al trabajo que dice Lila.

Yo era desordenada, cuando me decían que debía estar en un trabajo ocho horas y veía que estábamos perdiendo el tiempo, me iba y eso era mal visto. Había que estar y cumplir con normas. Pero también la integración es cuando tú encuentras un lugar donde puedes hacer ciertas cosas que valoras mucho. Yo no me sentí integrada realmente hasta que entré a El Colegio de México. En parte, porque es un trabajo individual, nadie se mete contigo salvo para competir, tratan de deslegitimarte o sacarte del juego; digamos la verdad: no es un paraíso. Pero se aprende: tú tienes que formar tu grupo de interlocutores solita. Sin embargo, el lugar donde puedes estar en tu cubículo, y elegir al que te gusta y no saludar a algunos porque muchos se creen importantes. Ese espacio de soledad y sobre todo saber que ahí yo podía hacer lo que en Chile nunca pude hacer, me ayudó a integrarme. En Chile la academia no existe como espacio aislado y si no eres comunista, socialista, demócrata-cristiano, no eres académico. Tu papel es hacer un discurso ideológico. En cambio aquí encontré un lugar donde trabajo dentro de un marco bastante poco restrictivo, digo lo que pienso o hago lo que se me ocurre y tengo un lugar privilegiado, eso me hizo valorar lo mexicano. También me obligó a integrarme el hecho de tener hijas que son mexicanas, no quise repetirle a ellas el dolor que significó para mí el exilio. Realmente, fue muy positivo de repente encontrar un espacio que tenía biblioteca, encontrar novelas, trabajar sola, todo eso para mí fue muy agradable.

Turquesa: La biblioteca del Colegio parece Gringolandia en muchos sentidos. Si siento alguna nostalgia, yo sé que el Colegio es como regresar allá. Puede parecer de élites a veces, pero ahí tengo esa sensación de una biblioteca que funciona, que hay libros que puedes tocar.

Rojo: Creo que tienes que encontrar un espacio que te dé algo muy importante para ti o que no existe en tu país. Y yo creo que encontré eso en el Colegio. Yo me fui de la universidad de mi país porque eran unos mediocres, politiqueros. Si yo no enseñaba la Marta Hameker, pobre de mí, los mismos estudiantes me llevaban al control de cuadros del partido. Se armaba tremendo lío, porque hacía leer cosas críticas. Entonces ese mundo, estructurado de esa manera que sigue siendo igual ahora, porque sólo con escuchar sabes de qué lugar todavía se reproduce la ideología, no es una academia, y

hay muy poca gente capaz de producir. Quizás para integrarse sea preciso encontrar algo que a una le dé una satisfacción, algo fuerte.

Verde: Pero las referencias vitales también son en parte la militancia, o la cosa compartida. Cuando yo llegué a Barcelona, no conocía a nadie. Traía sólo el teléfono de dos psicoanalistas del grupo de Marie Langer, argentinos. Empecé a ver en el periódico qué cosas feministas había y entonces me fui a una reunión del partido feminista, a una reunión tal y tal, y en esa cosa de moverme, encontré a mis dos mejores amigas de Barcelona, con las que tengo una relación hasta la fecha. Para mí el feminismo te permite, como el internacionalismo, llegar a ciertos lugares y conectarte con un cierto tipo de gente.

Regresando un poco a lo que decía Lila, de cómo, aunque te pueda gustar un trabajo, si no compartes el código o el ritual que te puede resultar muy agotador, no te integras. Yo lo viví muy claramente con ella en GIRE, en términos de que Lila era muy autordenada y autodisciplinada y eso se vivía como una decisión de ella de aislamiento. Lila llegaba y se clavaba en el trabajo y no se ponía a chacotear, ni entraba a todo este ritual del calentar motores antes de empezar a trabajar, que a veces puede llevar la mitad de la mañana.

Lila: En realidad, yo lo interpretaba como que si hacía eso iba a ser mal evaluada en el trabajo porque estaba perdiendo el tiempo. Eso iba a ir en contra de la productividad, de la eficiencia que ahí se pregona.

Verde: Pero ni la productividad ni la eficiencia son valores nacionales, la sociabilidad sí.

Lila: Hay rituales que una tiene que cumplir. En mi nuevo trabajo, "pierdo tiempo" en conversar con las secretarias y otras colegas, a veces platico con ellas casi media hora... me hablan de sus vidas, de sus parejas, de la comida y de las amigas... Las escucho y me relajo, no me pongo histérica como me ponía antes pensando en que no hago algo productivo. Me di cuenta que estoy ganando tiempo, a la larga eso me va a redituuar, ya que estas personas no me van a cerrar las puertas. Aprendí que en México lo más importante son las relaciones sociales, caerle bien a la gente, "ser cuata". Eso es lo primero, lo segundo es tener calificación en el trabajo.

Rojo: Pero también es algo rico. Lila se crió en la dictadura, entonces tiene una visión de que hay que cumplir el trabajo, hay

una cosa internalizada de la cual no se da cuenta. Porque también soy chilena y a diferencia de ella cuando llegué acá, armaba el despelote, vámonos al cine; mi experiencia es otra, no se trata del carácter chileno, sino de que son experiencias distintas y entonces uno no puede generalizar.

Azul: Es el producto interno bruto que subió hasta por las nubes. Yo viví mucho tiempo en Chile y era un país muy abierto, muy sociable. Creo que ahora nos enfrentamos a otras culturas, son otras generaciones. Es que ustedes vivieron una experiencia muy militarizada, porque cuando se te escucha, yo escucharía mucha paranoia en el caso de Púrpura, y algo paranoico también en tu discurso, y un sentido muy arraigado, muy fuerte de ciertos valores, como el eficientismo, imágnate, esas palabras.

Rojo: "Tengo que perder mi tiempo con esa señora".

Azul: Sí, yo creo que tienen una experiencia histórica, de tremendas limitaciones y que por eso mismo, deberían admitir que este país, a pesar de sus contradicciones y su violencia encubierta, les puede abrir muchos mundos, muchos mundos posibles si comparamos este abigarrado espacio cultural con nuestros países de origen.

Amarillo: Hay muchas certezas. Por eso también millones de gente nos fuimos de nuestros países, porque no soportábamos tantas certezas. Existe el autoexilio en ese sentido, una quiere conocer otras cosas que son diferentes de las propias, y creo que eso marca mucho la manera de salir, la manera de estar, creo que todo se aprende. Si estamos hablando de la otredad, creo que aquí hace falta como la presencia de la otredad, no de la mismidad. Y eso se encuentra en todas partes y en el propio país también.

Púrpura: La certidumbre asfixia, pero siento que se puede mantener la incertidumbre o aprender a conocer al otro desde el lugar donde uno esté y donde se sienta mejor. Lo que a mí me dio este tiempo en México es la posibilidad de reconocer que hay otros y que quiero conocerlos y aprender a convivir con ellos, a desestructurarme y volver a armarme mil veces si es necesario, no importa dónde esté, pero lo elijo para siempre.

Turquesa: En Londres puedes caminar por la calle a la hora que sea. Ahí hay otras cuestiones de la otredad. Depende de la trayectoria de cada una, lo que tú negocias, lo que te importa y lo que no.

Rojo: Cuando mis hijas tenían doce y catorce años, me dije, voy a quedarme aquí. Eso fue y vi la maravilla de que el estado viera todo

por ellas, por su salud desde los dientes a las clases de gimnasia, todo. Hasta que manejen, no las puedo llevar a ninguna clase de música ni nada, pero tampoco les puedo quitar la capacidad de movilizarse a las niñas. Entonces les di un peso o lo que costaba la micro, para que se fueran moviendo; aprendieron poco a poco, por ejemplo a ir a Universidad; aprendieron a vestirse para andar en camión y aprenden a vestirse para ir con los cuates o en auto, también esa es una apertura y que aprendan a meter codazos, y pegarle al tipo que las agrede, desde chiquititas y andan en metro todos los días al Centro Médico. Para mí todo esto es complejo, no comprendo muy bien. En particular me gusta el color de las flores en México, pero el olor de las flores de Chile no existe en México y ya estoy dividida y eso es ser extranjero. Creo que finalmente no es buscar sólo el espejo, sino que tu espejo cambia, después de tantos años.

Amarillo: Pero una no puede encontrar que el olor que olió en la infancia, donde el olor de aquella flor que te dio tu mamá, para hacerte una escena lo más paradigmática posible, no lo va a reproducir ningún otro olor y eso es lo perdido, que nunca se perdió, que nunca estuvo.

Rojo: Ese olor yo aquí lo encuentro en el color, es decir, que en términos inconscientes aquí tengo un color maravilloso, unas azaleas que son maravillosas, que nunca encontré en Chile.

Amarillo: Nunca encuentras la completud, nunca encuentras la flor completa con el olor y el color, y eso es lo que signa al ser humano.

Rojo: Eso es lo que signa al extranjero, porque si yo hubiese seguido en Chile, no hubiese conocido este maravilloso color de las flores mexicanos. Yo no estoy buscando que una flor de color mexicano tenga olor chileno, no es eso. Lo que estoy diciendo es que estoy dividida y eso es la condición extranjera, porque si yo no hubiera venido a México no hubiera descubierto los colores.

Amarillo: Es que unas creemos que es condición humana y otras creemos que es condición de extranjeros.

Rojo: Acá estábamos analizando la de extranjeros.

Amarillo: Sí, pero yo creo que el extranjero deja al desnudo la condición humana, y que por eso somos gente que nos podemos enriquecer mucho, porque nos hemos desnudado más y creo que estamos en más peligro y necesitamos muchísimo más afecto, ayuda, interlocución, intercambio, mucha más vida alrededor que nos

proteja, que la gente que se queda en su lugar y arma su estructura, su casa ya inamovible. Y esos lugares existen como una fantasía de algo que tuvimos y sin lo cual el ser humano no puede vivir.

Verde: De nuevo estamos generalizando qué es ser extranjero y hay diferentes tipos, exiliado, emigrante, turista... Yo creo que de veras es muy diferente tener la estancia legal, y la posibilidad de trabajar y tener derecho a actividad política en el país, el haberte casado con gente de ese país; hay también muchísimas otras diferencias y yo creo que hay una cosa que puede ser esa nostalgia por el paraíso perdido que todos los seres compartimos, y otra cosa es como una nostalgia, derechos políticos básicos, una cuestión de ciudadanía, una serie de cosas que tienen los ciudadanos aun siendo extranjeros o por condición de clase social o por un cierto tipo de inserción. Tú a lo mejor has tenido una condición menos dura de extranjera por haber elegido venir con un mexicano, tener una hija mexicana y haberte nacionalizado mexicana, y poder participar sin que te amenacen con aplicarte el 33 o que tengas que ir a Gobernación a tratar de arreglar tus papeles y que te den largas o te traten de una manera muy jodida.

Lila: Claro, pero tú estás en una situación de mayor privilegio. Lo que dice Verde es cierto, no es lo mismo estar nacionalizada, que estar en mi caso. Al estar nacionalizada quedas en una situación de igualdad con los nacidos en México, de lo contrario se da un ejercicio de poder no sólo de las autoridades migratorias sino de la cultura mexicana xenófoba. Además existe un exacerbación del nacionalismo por parte de la cultura oficial. Por ejemplo, cualquier mexicano te puede amenazar con Gobernación porque hay una legislación ambigua y discrecional respecto de los extranjeros y de las políticas migratorias. En general, no existe un reconocimiento a la categoría de ciudadano(a), tanto extranjero como mexicano, con derechos y deberes. Al ser una cultura autoritaria hay pocas posibilidades de expresar la disidencia y la crítica... probablemente esto también ocurre en otros lugares, pero aquí se da de una manera específica.

Turquesa: Cuando uno regresa a su pueblo y de repente se encuentra con la gente con su casa, su vida tan hecha y que nunca han ido a alguna otra ciudad ni del propio país, parecen estar llenos de certezas, yo pregunto cuál es la situación de extranjería de esas compañeras que yo conocí en la secundaria y la primaria.

Verde: El tema es el de la pertenencia y el de la identidad. También eliges pertenecer a algo.

Amarillo: ¿Azul qué piensas?

Azul: Que están dando vueltas sobre lo mismo desde hace rato y que me voy a ir.

Rojo: Además nunca hablamos del Otro. ¿Tienen amigos mexicanos? ¿Tienen amigas íntimas mexicanas? Yo, no.

Verde: Yo, sí. Otras dos muy cercanas.

Azul: Yo creo que entramos en una cosa muy circular, yo estoy muy agotada. Ya estamos un poco cansadas porque es un tema muy complejo.

Rojo: ¿Estamos muy metidas, no?

Azul: Y sí, tal vez demasiado comprometidas.

Verde: Yo me siento más feminista que extranjera, es mi pertenencia, es lo que me hace encontrar a mis similares en cualquier lugar. **Rojo:** El lugar que tú encontraste para integrarte y te dio cosas que no tenías.

Verde: Y encontré a mis iguales o mis similares o como los quieras llamar, mis congéneres. No me siento aquí mexicana entre mexicanos, ni argentina entre los argentinos, me siento feminista y esos son los códigos, los valores, el proyecto, la cosa internacionalista.

Rojo: ¡Eso es maravilloso!

Verde: Cuando digo feministas no estoy hablando de todas las feministas. Tú puedes encontrar un núcleo de gente que quiere construir mas o menos lo mismo y tuvas con cabecita de caracol cargándola.

Rojo: A mí me gustan las feministas porque me aceptan con todos mis defectos, por ejemplo no ir a las reuniones, no ir a los *meetings*, por eso me encanta.